

# **HISTORIA CONCISA DE COLOMBIA (1810-2013)**

**MICHAEL J. LAROSA  
GERMÁN R. MEJÍA**

## LOS LOCOS AÑOS VEINTE

La “danza de los millones” de los años veinte, el nombre que se le dio a la década de prosperidad creada por el inusitado aumento de exportaciones de café y créditos extranjeros en Colombia (cuando los colombianos empezaron a pensar en millones de pesos y ya no en cientos de miles), se caracterizó por mayores capitales extranjeros penetrando la economía colombiana, sobre todo por parte de los Estados Unidos. La costa Caribe se convirtió en el lugar indicado para el cultivo de frutas exóticas, principalmente banano. La United Fruit Company (UFCO) había desarrollado prácticamente una economía de enclave en y alrededor de Santa Marta y administraba la siembra, el cultivo y el transporte de bananos hacia el mercado estadounidense. La UFCO también manejaba plantaciones en otros países del Caribe y de Centroamérica.

En 1928, los trabajadores de las bananeras hicieron una huelga, un punto de inflexión en la historia económica de la nación. Los empleados de la UFCO iniciaron un paro laboral que detuvo las operaciones a finales de 1928. Unos veinticinco mil trabajadores exigieron mejores condiciones de trabajo y que una mayor parte de las ganancias se usara para pagarles un sueldo verdadero a cambio de los vales de la compañía (inútiles afuera de la zona bananera). Los administradores de la UFCO, asustados por la cantidad de fruta que maduraría y se pudriría bajo el sol caribeño, le exigieron una solución al gobierno colombiano, lo cual resultó en una masacre en la plaza central de Ciénaga. Los trabajadores se habían reunido en este pueblo dispuestos a marchar hacia la capital departamental de Santa Marta, pero fueron acribillados en un despliegue de brutalidad extraordinario que, si bien oficialmente se dijo que arrojó cuarenta y siete muertos, la mayoría de los cálculos estima el número real entre mil y dos mil. La masacre quedó immortalizada en *Cien años de Soledad*, de Gabriel García Márquez, un relato de magia y de locura en Macondo, el pueblo que inventó para emular aquél en el que creció, Aracataca, en medio de la zona bananera, y a unos 80 kilómetros de Santa Marta. García Márquez usó la cifra de tres mil en referencia a los muertos en este suceso y, aunque muchos concuerdan en que se trata de una estadística exagerada, ese número ha terminado por definir la magnitud de la tragedia del 6 de diciembre de 1928. En una reflexión sobre la importancia de la literatura para explicar la historia de Colombia, García Márquez se refirió a ese hombre de mano dura que creó en una de sus primeras novelas: “en *El otoño del patriarca*, el dictador dice que no importa si no es cierto ahora, porque en algún momento, en el futuro, lo será. Tarde o temprano la gente le cree a los escritores más que al gobierno”.<sup>6</sup>

6 Ilan Staván, *Gabriel García Márquez: The Early Years*, New York: Palgrave, 2010, 26.

La masacre de Ciénaga de 1928 expuso una contradicción que ni la élite política ni los ciudadanos comunes dejaron de ver: mientras los ricos estaban danzando y pensando en millones, un segmento importante de la economía de exportación colombiana había caído prácticamente en manos de subsidiarias extranjeras, y a los pobres del país los estaban masacrando. Después de la matanza, los colombianos se organizaron enérgicamente para retomar el control de su economía y replantearse su futuro económico y político. Este impulso nacional ayudó a lanzar la carrera de una nueva estrella política, el bogotano Jorge Eliécer Gaitán, quien abogó por las víctimas de la masacre en una serie de discursos públicos, ampulosos y sensacionalistas. Estos discursos incluían críticas a las prácticas económicas y las políticas de la UFCO, a sus defensores estadounidenses y a sus aliados colombianos. En 1930, el Partido Conservador, que había estado en el poder desde 1886, perdió el liderazgo en las elecciones nacionales que llevaron al poder al Partido Liberal; la gente se había desencantado con las políticas y condiciones económicas que favorecían las ganancias de las corporaciones extranjeras en detrimento de las vidas de los ciudadanos colombianos, y la masacre de Ciénaga de 1928 se suele ver como el comienzo del fin de una hegemonía política conservadora de cuarenta y cinco años.

## PETRÓLEO E INDUSTRIALIZACIÓN

135

Durante la década de 1920 el petróleo se volvió un producto de exportación cada vez más importante en Colombia y es, hoy en día, el producto principal. Desde 1948, la empresa petrolera estatal, Ecopetrol, administra el desarrollo, la extracción, la producción y la distribución de petróleo en el país, y es la que concede los contratos a las petroleras extranjeras. Los excesos en la economía bananera, absolutamente monopolizada por una sola compañía y una sola nación, llevaron a la nacionalización, el control y la protección de los recursos preciosos y costosos del país, como el petróleo. Con todo, Ecopetrol S. A. se privatizó parcialmente en 2003 por medio de la venta de acciones en la bolsa colombiana. El país es autosuficiente en petróleo y lo exporta a otras naciones de la región, pero sus reservas son mínimas comparadas con las de la vecina Venezuela, una nación en que cerca del 33% del PIB está atado a la producción y exportación de petróleo a través de un monopolio estatal, los Petróleos de Venezuela S. A., o PDVSA.

Durante los quince años transcurridos entre la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, la economía colombiana siguió exportando café, y hacia finales de los cuarenta el café representaba cerca del 72% de las exportaciones. La administración cuidadosa y prudente llevada a cabo a través de la Federación de Cafeteros creó las condiciones para que las exportaciones de café continuaran durante los años difíciles de la depresión. En 1931, los colombianos

cualquier tipo de negociación con el “coloso del norte” era, según sus detractores, “una traición a los intereses y el honor nacionales”.<sup>8</sup> Unos años después, el presidente Marco Fidel Suárez, de humilde origen antioqueño, fue más conciliador en sus asuntos con el norte: concluyó que Colombia debía, a toda costa, adherirse económica, social y culturalmente a los Estados Unidos. También apoyó la ratificación del tratado que normalizaría las relaciones entre los dos países, el Tratado Urrutia-Thompson, que ocurrió en 1922. Suárez tuvo que salir de la presidencia en 1921 debido a acusaciones de corrupción, pero en realidad fueron sus intentos de facilitar las negociaciones con los Estados Unidos los que le granjearon la enemistad de sus detractores. Pedro Nel Ospina, el tecnócrata conservador de Medellín, era el presidente cuando se alcanzó la normalización y, por supuesto, su gobierno se benefició de la indemnización de veinticinco millones de dólares pagada por los Estados Unidos. Este capital, junto a la accesibilidad de crédito durante los años veinte, ayudó a financiar el desarrollo de la infraestructura en Colombia, en especial de proyectos ferroviarios, carreteras e inversión en pozos petroleros.

## 1928

Mientras las oportunidades de inversión facilitaban las relaciones diplomáticas entre Colombia y los Estados Unidos en los veinte, cobró forma un conflicto social que involucraba a la compañía estadounidense, la United Fruit Company (UFCO) y a su subsidiaria colombiana, la Magdalena Fruit Company. La Magdalena le compraba bananos a los hacendados locales, mientras que la UFCO tenía la red de transporte (el ferrocarril) y controlaba los precios, la estructura de exportación y el mercadeo del banano en la región. Los trabajadores locales estaban a merced de la UFCO. Hacia el final de los veinte Colombia se había vuelto el tercer exportador de banano en el mundo, pero a medida que crecía la organización entre los trabajadores, la huelga que estalló en la ciudad costera de Ciénaga en 1928 era inevitable. Los soldados colombianos fueron a acallar la huelga, y el 6 de diciembre de 1928, el ejército disparó sobre la multitud.

La brutal respuesta del gobierno colombiano a la huelga de Ciénaga, combinada con las dificultades económicas impuestas por el derrumbe económico mundial que había empezado diez meses antes en octubre de 1929 y las disputas entre la clase dirigente conservadora, ocasionaron un cambio en la jefatura del Estado colombiano en 1930. Las elecciones presidenciales de ese año las ganó el candidato liberal Enrique Olaya Herrera. Era la primera vez que el Partido Liberal ganaba la presidencia de Colombia desde finales del siglo XIX. A pesar

201

8 David Bushnell, *Colombia: una nación a pesar de sí misma*, Bogotá, Planeta, 2000, 224.

de este radical cambio político, una característica que se mantuvo durante este tiempo en la sociedad colombiana fue la relativa fuerza de sus lazos con los Estados Unidos, una relación que se haría cada vez más estrecha a lo largo del siglo XX y de lo que va del XXI. Si bien los sucesos de noviembre de 1903 parecían trazar un rumbo oscuro, o cuando menos incierto, para las relaciones entre Colombia y Estados Unidos, luego de la política de la “estrella polar” del presidente Suárez, la negociación final del tratado Urrutia-Thompson, y el pago de la indemnización de veinticinco millones de dólares, las relaciones diplomáticas entre las dos naciones mejoraron progresiva y sistemáticamente. Esta relación se puede ver como funcional y práctica, dado que los Estados Unidos han sido para Colombia el mercado principal de sus exportaciones más importantes y que las tendencias de migración de los colombianos al exterior han tenido a los Estados Unidos como destino predilecto más o menos desde los años sesenta. En comparación con las relaciones de los Estados Unidos con otros países latinoamericanos durante el siglo XXI, las de Colombia en realidad han sido un ejemplo de pragmatismo y estabilidad. Las relaciones entre México y Estados Unidos, por ejemplo, han estado llenas de tensiones, intervenciones militares e intrigas. Las relaciones estadounidenses con la República Dominicana también se han complicado debido a numerosas intervenciones militares, la última de las cuales ocurrió en 1965 durante la presidencia de Lyndon B. Johnson. Tal intervención marcó el final del gesto de buena voluntad del presidente Kennedy hacia América Latina: la Alianza para el Progreso. Las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, a la fecha, están congeladas de modo similar a como estaban en la Guerra Fría antes de los sesenta. La intervención directa e indirecta de los Estados Unidos en Nicaragua persistió durante gran parte del siglo XX, y el estado actual de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Venezuela, Bolivia y Ecuador es, en el mejor de los casos, un estado de tensión.

El presidente Olaya hizo lo posible para proteger los intereses económicos de Estados Unidos, sobre todo durante los primeros años de la Gran Depresión. Sin embargo, su gobierno no siempre estuvo en buenos términos con sus vecinos del sur, especialmente con Perú. El llamado “conflicto de Leticia” en 1932, que duró cerca de ocho meses, fue en realidad un enfrentamiento entre Perú y Colombia por territorio en el Amazonas, cerca de la ciudad colombiana de Leticia. Como se discutió en el capítulo cinco, unos ciudadanos peruanos se tomaron unas tierras que lindaban con Leticia, desafiando abiertamente el Tratado Salomón-Lozano de 1922, que le concedía Leticia a Colombia. Colombia se vio obligada a enfrentar el reto de llevar tropas a esta ciudad. La armada tuvo que navegar desde Cartagena hacia el Atlántico y después río arriba por el Amazonas (a través de territorio brasileño) para llegar a Leticia, y usaron aviones para descargar soldados colombianos en la región. El asunto fue más un “conflicto” que un guerra, y para

mayo de 1933 ya se había declarado un cese al fuego mediado por la Sociedad de Naciones, y un tratado de paz se firmó al año siguiente. Los colombianos se organizaron enérgicamente para defender el territorio, una franja de selva escasamente poblada que casi nadie visitaba, y recuperarlo le costó el equivalente a diez millones de dólares. Estados Unidos le vendió las municiones a Colombia, comprometiéndola a un gasto militar enorme (para estándares de 1930) el cual, según un historiador, significó “un costoso desvío de fondos y energías escasas, y llevó al gobierno a tener que declarar una moratoria del pago de su deuda externa”.<sup>9</sup>

## LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y JORGE ELIÉCER GAITÁN

La participación de Colombia en la Segunda Guerra Mundial a favor de los Aliados fue importante, a pesar de la fuerte afinidad con el fascismo del emergente líder conservador, Laureano Gómez. La clase dirigente francófila de Colombia estaba asustada por el prospecto de dominación mundial por parte del Eje, y a finales de 1943 el país declaró estado de beligerancia contra Alemania en respuesta al hundimiento de un navío colombiano. Colombia jamás mandó tropas a la guerra, como sí lo hizo Brasil, ni tampoco envió aviones, como hizo México en el Pacífico Sur. Sin embargo, sí cooperó plenamente con los Aliados, dirigidos desde Washington. Los Estados Unidos coordinaron formalmente misiones militares con Colombia, y los soldados colombianos fueron entrenados en Estados Unidos. A Colombia se le pidió congelar las propiedades alemanas, sacar a los pilotos alemanes de su aerolínea (que pasaría a llamarse Avianca en esa época), y cooperar económicamente con los poderes Aliados. Los Estados Unidos buscaron controlar el mercado colombiano de productos de exportación considerados indispensables para la guerra, incluyendo el aceite, madera de balsa, cuarzo y platino, y como resultado de la colaboración de Colombia, el gobierno recibió asistencia económica directa de Estados Unidos por medio del Export-Import Bank.

Durante este periodo surgió el líder político más importante de la historia de Colombia. Jorge Eliécer Gaitán nació en el centro de Bogotá, en un barrio modesto llamado Las Cruces. Obtuvo el título de abogado de la Universidad Nacional a los veintinueve años y fue a Roma a hacer una especialización en criminología. Su fama nació en Colombia cuando en 1929 se atrevió a litigar en contra de la estadounidense United Fruit Company, alegando que la compañía había provocado la tragedia de Ciénaga de 1928 que significó la muerte de miles de colombianos. El discurso antiimperialista de Gaitán le granjeó el apoyo de los

<sup>9</sup> Randall, *Colombia and the United States*, 144.

## CONCLUSIÓN

Pese a muchas dificultades, retos diversos y una historia a la vez trágica y dinámica, Colombia ha sabido ingeniárselas para permanecer, poco más de doscientos años después de su independencia, como una nación. Los colombianos no huyen de su pasado; por el contrario, han aprendido a confrontar una historia con pasajes que, quizá en ocasiones, pareciera ser más conveniente olvidarlos.

La moneda de la Colombia contemporánea cuenta la historia de cómo el país mira su pasado. En los billetes aparecen héroes de la política y de la literatura que han vivido tragedias: Policarpa Salavarrieta, heroína y mártir de la lucha por la independencia, ejecutada por los leales a la Corona en 1817, se recuerda en el billete de diez mil pesos. El reconocido poeta José Asunción Silva, que se suicidó en 1896, figura en el billete de cinco mil pesos, y Jorge Eliécer Gaitán, cuyo asesinato el 9 de abril de 1948 desató un caos urbano con profundas consecuencias en todo el país y que se conoce simplemente como *el nueve de abril*, se conmemora en el billete de mil pesos, en el que figuran dos de sus frases célebres. Una de ellas, “el pueblo es superior a sus dirigentes”, muestra el escepticismo irónico del político respecto a los “políticos”.

Ahora bien, más que la moneda, la geografía explica la condición colombiana; los contrastes físicos de la tierra son enormes, imponen el aislamiento a pueblos que viven en el mismo territorio y sin embargo se identifican con su región y sus vecinos más que con sus conciudadanos nacionales. Que de esta complejidad haya sido posible construir un país es por sí solo digno de mención. El único momento en la historia moderna de Colombia en que el país en efecto se “desbarató” fue durante la hostil intervención extranjera de 1903, cuando los Estados Unidos planearon y ejecutaron la separación de Panamá del territorio central colombiano. La separación de la provincia de Panamá fue una consecuencia directa de la singular posición geográfica de Colombia, situada entre dos océanos, y, para una época anterior a la aviación, la delgada franja de territorio colombiano que conectaba los dos mares era especialmente valiosa. Hoy, ese territorio se llama la República de Panamá.

Así mismo, numerosas son las fuerzas y factores que han colaborado en la unificación de Colombia. Los procesos constitucionales han moldeado su historia durante los últimos doscientos años, como se mostró en el capítulo tres; las instituciones han sido forjadas para unir lo que parecía permanentemente fracturado. La Iglesia católica ayudó a unificar y, a veces, a dividir a la nación. Sin embargo, una lengua común, una narrativa histórica dirigida por las élites y un sistema educativo enfocado en Occidente han contribuido también a forjar la nación colombiana.

Los extranjeros que visitaron Colombia por primera vez (José Celestino Mutis, Agustín Codazzi y Alexander von Humboldt entre los más prominentes y productivos) quedaron asombrados por la belleza natural, la exuberante vegetación y la biodiversidad del país. Sin embargo, hasta que los sistemas modernos de transporte y comunicación hicieron presencia, Colombia fue en gran medida un enigma para el mundo exterior. El profético comentario de David Bushnell en la introducción a su libro de 1993 confirma este punto: “Colombia es hoy en día el menos estudiado de los países de América Latina, y tal vez el menos comprendido”. Bushnell se refiere al hecho de que la historia de Colombia no es fácil de entender o de categorizar, pues no sigue los patrones historiográficos desarrollados por los historiadores del siglo XX, especialmente aquellos que escriben desde fuera. A Colombia le falta el largo y fuerte patrón de inmigración que se encuentra en lugares como los Estados Unidos, Argentina, Brasil, Chile, Cuba, Perú y Uruguay. También carece de alboroto revolucionario y de gobiernos militares; no hubo en el siglo XX una “revolución” sociopolítica como las de México, Cuba o Nicaragua, ni tampoco una intervención militar drástica como la hubo en Brasil en 1964, en Perú en 1968, en Chile en 1973 y en Argentina a mediados de los años setenta. El populismo en América Latina se volvió un tema importante en la academia en los años setenta y en los ochenta, pero la investigación sobre populismo se centró en el Brasil de Getúlio Vargas, el Perú de Víctor Raúl Haya de la Torre, el México de Lázaro Cárdenas y la Argentina de los Perón; se consideraba improbable estudiar el populismo colombiano porque el líder populista, Jorge Eliécer Gaitán, murió joven y de manera trágica, antes de conseguir el poder nacional.<sup>1</sup>

La excepcional generación de historiadores sociales colombianos, forjada en los años sesenta con el trabajo pionero del profesor Jaime Jaramillo Uribe, le ha enseñado al mundo la riqueza de la historia de Colombia. Estos historiadores han hecho énfasis en la importancia que reviste entender a Colombia en sus propios términos. Los modelos y teorías que se han diseñado en otros contextos, sea la teoría de la dependencia, de la industrialización por sustitución

1 Los académicos no han ignorado en absoluto a Gaitán, pero el estudio del populismo colombiano requeriría una creatividad y un juicio particulares con las fuentes, como se demuestra en el libro de Herbert “Tico” Braun, *Mataron a Gaitán* (1987).



de importaciones o el desarrollismo, no coordinan del todo ni se adaptan en Colombia. Estudiar a Colombia requiere dedicación y pasar un buen tiempo en varios lugares del país. Infortunadamente, las advertencias de viajes de por ejemplo el Departamento de Estado de los Estados Unidos, que concentra sus prevenciones en la presencia de guerrillas activas, y la percepción ampliamente aceptada de que Colombia es más peligrosa que la mayoría de los sitios en el hemisferio occidental, han conspirado para mantener a los investigadores lejos de los archivos y colecciones de documentos colombianos.

En este libro hemos intentado mostrar que Colombia, a pesar de su compleja historia, se mantiene, y que el enfoque en la violencia política, las drogas ilegales y la corrupción encubre una historia menos dramática pero más importante de procedimientos constitucionales, gobiernos que con regularidad ceden el poder tras las elecciones, y una preocupación por los derechos sociales de la gente, como se hizo evidente en la reevaluación y reescritura de la Constitución colombiana en 1991. El país se sostiene no solo gracias a la Constitución y a un gobierno estable aunque imperfecto, sino también gracias a una infraestructura (descrita en el capítulo siete) que ha buscado unificar al país. El aspecto más sobresaliente y admirable de Colombia, sin embargo, es su desarrollo cultural diverso, complejo y original. Los colombianos se unen con más entusiasmo a sus embajadores culturales que a los políticos y líderes empresariales. Los ciclistas colombianos que compiten en el Tour de France, los triunfos y derrotas de su selección nacional de fútbol y de sus equipos regionales, los pintores cuyas obras se exhiben en galerías de todo el mundo, y los escritores que han ganado premios y reconocimientos en muchos ámbitos culturales del mundo, son el tema de las conversaciones cotidianas.

La cultura colombiana es extraordinariamente vivaz, pero ha sido a menudo ensombrecida por los titulares de la prensa mundial, que se centran, por razones tanto prácticas como económicas, en la “Colombia peligrosa”. Si bien es cierto que escritores, pintores, poetas, directores de teatro e intelectuales de diversas disciplinas han sido animados por “la crisis” (ejemplo de lo cual fue la galardonada exhibición de 1999 presentada en el Museo de Arte Moderno de Bogotá, “Arte y violencia en Colombia desde 1948”), también es cierto que su trabajo se ha esforzado en desafiar el discurso histórico oficial y aceptado mientras se resisten a las fuerzas de la jerarquía, el elitismo y la estratificación social.

¿Cuál es la historia “correcta” de Colombia? Esperamos haber mostrado cómo esa pregunta es a la vez peligrosa, por sus implicaciones, e imposible de responder. La historia de Colombia es asombrosamente dinámica, y los historiadores llegan a conclusiones del todo diferentes cuando escriben acerca de los mismos sucesos o periodos. Con este libro hemos querido atender a las fuerzas

de la unidad, las dinámicas que creemos han mantenido a Colombia unida. Otros libros, académicos y no tan académicos, estudian a Colombia desde la perspectiva de la desintegración, el fracaso, la catástrofe o la división. Nuestras interpretaciones y énfasis no son necesariamente “correctos”, y es probable que en el futuro los académicos contradigan lo que aquí hemos dicho. Así es el terreno de nuestra profesión, que se mueve y cambia a medida que nuevas interpretaciones se desarrollan, se debaten y se divulgan, y se apoyan o descartan con el tiempo.

Aunque las interpretaciones han de variar, no dudamos que la nación colombiana perdure, y que los colombianos sigan sorteando los retos que se les presenten con un sano espíritu de escepticismo aferrado en la esperanza, la fortaleza y la dignidad que parecen definirlos como personas. La búsqueda de un futuro mejor es la meta de todas las civilizaciones, y este país se ha ido acercando a esa meta, no siempre uniformemente, pero sí a la manera sistemática y excepcionalmente creativa de los colombianos.